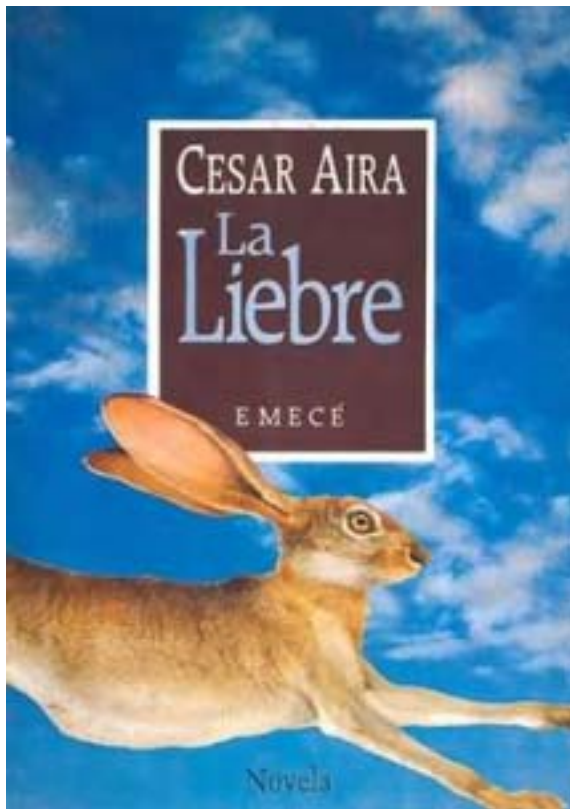


La Liebre

César Aira



AIRA, César (1991), La liebre, Sudamericana, Buenos Aires, pp. 38-42.

Este material se utiliza con fines exclusivamente didácticos

LA LIEBRE (fragmento)

En ese momento se hizo más notorio un alboroto que ya desde hacia unos minutos se oía afuera, un pasaje de caballos (pero eso no quería decir nada fuera de lo común, porque los indios tomaban al caballo incluso para desplazarse hasta el toldo del vecino), y además entró Gauna, pidiendo permiso.

Cafulcurá lo miró como perdido.

– ¿Qué sucede? – le preguntó Clarke. Su guía se había revelado un sujeto lleno de misterios. Como guía dejaba mucho que desear. A la espera de la circunstancia que le hiciera lamentar haberlo traído, Clarke se había hecho a la idea de recibir de él, en cualquier momento, una sorpresa.

– Todo el mundo va a ver una liebre que levantó vuelo – dijo.

– ¿De veras? – Clarke miró al cacique, que se encogió de hombros, en un gesto muy suyo.

– Vaya a ver, si quiere – le dijo Cafulcurá.

El inglés no se hizo repetir la invitación. Estaba entumecido, aburrido, nauseado por el té frío y el olor de las hierbas. Desde que habían llegado, cuarenta y ocho horas antes, los estaban desplazando todo el tiempo, con mucha cortesía, eso sí, pero a la larga resultaba desmoralizador. Los jefes salvajes, por lo visto, tenían que mantener conversaciones privadas cincuenta veces por día, y a ellos los sacaban, y volvían a sacarlos del nuevo sitio media hora después, siempre con disculpas, con humildades, con ese fatalismo medio sarcástico que tan bien dominaban. Le habían asegurado a Clarke que no era lo habitual, todo lo contrario. Simplemente habían caído en un mal momento. Ahora por lo menos se le presentaba la satisfactoria posibilidad de salir por su voluntad. El motivo que le daban en este caso era, con todo, intrigante. Por una obvia precaución metodológica, se había cuidado de no decir una palabra de la liebre, pero temía, como suele suceder en estos casos, haberlo dicho de todos modos, y que estas alusiones interesantes que le salían al paso a cada rato fueran una especie de broma.

Salió dando un suspiro. La luz era demoledora. En Salinas Grandes dominaba el blanco más crudo. No necesitó preguntarle a Gauna en qué dirección era el suceso porque varios indios iban hacia allá en ese momento. Saltó al lomo de Repetido. Podía ver el sitio donde se reunían los indios, a unos dos mil metros. Los toldos de la capital del imperio mapuche formaban unos arcos laxos dispuestos de tal forma que no cerraban la vista por ningún lado.

– ¿Puede ser que una liebre vuele? – le preguntó Gauna.

– Sólo si tiene palmas – respondió malhumorado. Gauna tenía un modo desagradable de hacer preguntas, con un retintín de sorna.

Debía de ser medio indio, aunque por la cara amarillenta y arrugada parecía chino.

Los caballitos no tardaron gran cosa en franquear la distancia. En el lugar había más niños que adultos, y estos últimos habían improvisado un partido de pato con un bollo de cartón. Clarke quedó desconcertado. Vio a Mallén, uno de los machis favoritos de Cafulcurá, en un caballo quieto, solo y mirándose la punta de los dedos. Fue hacia él, seguido por Gauna.

– ¿Cómo es esto de la liebre? – le preguntó a boca de jarro.

– Sé tanto como usted. Recién caigo.

Respuesta típica.

– Me dijeron que una liebre había alzado vuelo – insistió Clarke.

– Si es así – replicó Mallén – cuando llegué ya lo había hecho.

Un grupito de chicos ahí cerca estaban mirando para arriba. El inglés fue hacia ellos sin decirle nada más al machi y les repitió la pregunta. Los jóvenes le resultaban más corteses, más racionales, seguramente porque lo eran menos según las normas indias. Le dijeron que efectivamente una liebre blanca (“blanco” se decía con la misma palabra que “gemelo”) había levantado vuelo, y ellos creían haberla localizado allá arriba. Ahora bien habían usado una palabra extra, un enclítico (“iñ”) después de “levantar vuelo”, que indicaba el pretérito de un modo algo enfático. Podía significar “hace un minuto”, “hace mil años”, o “antes”.

Era un agregado eminentemente sospechoso, pero igual echó la cabeza atrás. Los chicos estuvieron un rato dándole indicaciones, usando como referencia las estrellas, que con su vista agudísima distinguían en pleno día. Renunció. De hecho, no pudo deducir de sus palabras si hablaban de un animal real, o de un astro que tuviera su nombre. Volvió junto a Mallén, de cuyo lado no se había movido Gauna. El partido de pato entretanto se había hecho multitudinario: ya debía de haber un centenar de indios, la mar de entretenidos. Los caballos correteaban en todas direcciones y no eran pocas las pechadas, que los espectadores celebraban con aplausos. Un indio se fue al suelo en una de las colisiones y se quebró el cuello. La reunión no tardó en disolverse. Mientras regresaban a la toldería, al paso, Clarke hizo algunas reflexiones en voz alta:

– Me pregunto si esta anécdota de la liebre fue algo real, algo que sucedió, o si será una suerte de representación o rito.

Mallén asentía con la cabeza, demostrando interés pero sin intenciones de dar su parecer; para él la distinción parecía ser improcedente, un mero ejercicio intelectual. Por decir algo, afirmó:

– No aquí, pero más al sur en regiones donde también hemos vivido, los vientos son de tal fuerza que a nadie le sorprendería ver pasar sobre su cabeza un animal de porte menor, por ejemplo una liebre.

Se les unió un jinete solitario que también volvía. Mallén lo saludó con repentina vivacidad, y se volvió hacia el visitante:

– ¿Ustedes se conocen? Alvarito Reymacurá, el señor Clarke, de Inglaterra.